

## Preguntas al borde del abismo

...pueden ser vistos  
por quienes no pueden pensarlos.

LOS ESPANTOS (p. 25)

**E**ditado en medio del tormentoso 2016 argentino como primera entrega de la colección Cuarenta Ríos (proyecto editorial conjunto de Las cuarenta y el grupo editor de la revista *El río sin orillas*), el libro *Los espantos* desató muy pronto una serie de debates, tanto en sus presentaciones como en diversas reseñas críticas publicadas aquí y allá. Su autora, Silvia Schwarzböck (profesora titular de la cátedra de Estética del Departamento de Filosofía de la UBA), construye en este ensayo un objeto extraño, tejido con hilos de diversa procedencia. Mezcla de estética materialista, crítica cultural, filosofía política, ensayo historiográfico, historia de las ideas, estamos pues ante un libro que ofrece múltiples entradas. Múltiples también son las reacciones que suscita su lectura, en un abanico que puede ir de la fascinación al arrebató (“¿será mucho para mí?”). Pero quizá más importantes sean las derivas que habilita. Escrito en un estilo fuertemente asertivo y tajante, con una dialéctica negativa filosa, sus tesis invitan a la polémica. En las páginas que siguen presentamos los textos –los frutos– de un debate en el que se despliegan algunas de esas derivas y beligerancias.

El recorrido que proponemos en el ordenamiento de los textos expresa –sin agotarla– la heterogeneidad de los problemas implicados en el libro. Comenzamos con lo que, ya desde el subtítulo, la filósofa presenta como punto de vista privilegiado de su trabajo: la estética como clave para comprender el período histórico que se abre con las elecciones de 1983. El novedoso estatuto otorgado a esta disciplina aparece en primer plano en el texto de Guadalupe Lucero y, en cierto modo, se prolonga en las contribuciones de Javier De Angelis y Fernando Svetko. Estética que se transforma en una singular

SENCILLO, COMPLICADO, Sebastián Santana Camargo  
Fotos: Sebastián Molina



Schwarzböck, Silvia,  
*Los espantos.*  
*Estética y postdictadura,*  
Buenos Aires, Las Cuarenta  
y El río sin orillas, 2016, 144 pp.

política de la escritura en el texto de Germán Gallino y José Elías Hage, cuyas líneas encarnan, no sin temor y temblor, algo del género terrorífico que Schwarzböck propone como cifra de la democracia recuperada. El estatuto de la estética, como herramienta de análisis filosófico-político anclado en nuestra historia reciente, deriva necesariamente en la pregunta por la filosofía argentina aquí y ahora, cuando los espantos aparecen con potencia (y apariencia) renovada. Quieren comerse nuestro cerebro y arrojarnos al vacío de la insignificancia. En este contexto, ¿qué preguntas cabe formularnos al borde de ese abismo? ¿De qué conceptos-katana nos serviremos para cortar la cabeza de estos nuevos zombies? Su presencia amenazante es al mismo tiempo lo impensable y lo que exige ser pensado. Ahora bien, ¿cuál es la naturaleza del lugar de enunciación de aquellxs que no podemos sino responder a esa exigencia? ¿Quiénes piensan? Pero también: ¿cómo piensan? Julián Ferreyra y Mariano Gaudio abordan, en su discusión con Schwarzböck, la pregunta por el estatus de la filosofía argentina, su tradición, su presente y su necesaria relación con la filosofía latinoamericana. Pregunta filosófica, pero también constitutivamente política. En sus respectivas contribuciones, por último, Rodrigo Páez Canosa y Gustavo Míguez tiran de los hilos más específicamente políticos que *Los espantos* va dejando en el camino, para proponer dos puntos de vista con no pocas tensiones y nuevos diálogos que abren el juego a otros aportes recientes del pensamiento político argentino, como son los libros de Abad y Cantarelli y el Colectivo Situaciones.

El arco del debate, tal como lo presentamos aquí, va entonces de lo estético a lo político (un recorrido con poco de unidimensional, más bien semejante a una cinta de Moebius). Multiplica las preguntas, las polémicas y las complicidades, pero sobre todo, esperamos, relanza la pregunta por el pensamiento situado, por nuestra filosofía. Los textos que siguen no son sólo frutos de la lectura y de la discusión, sino también semillas en tensión, expectantes de una tierra intensa. Es por eso que no queremos cerrar esta presentación sin invitar a quienes se sientan interpeladxs a enviar sus contribuciones a este debate, que de ningún modo se cierra aquí. Las páginas de *Ideas* permanecen abiertas para que el fragor de la controversia siga vivo.

RAFAEL MC NAMARA  
MATÍAS SOICH

## Los espantos y la ontología estética

GUADALUPE LUCERO (UBA - UNA - CONICET)

Sin haberse cumplido aún un año desde su publicación, *Los espantos. Estética y posdictadura*, de Silvia Schwarzböck, ya ha generado una profusa recepción crítica y acalorados debates. Quizás ha tocado (o abierto) una llaga que parecía no doler. Ha sido entendido ante todo como una interpelación al *pensamiento* nacional. La autora se sitúa específicamente en este punto cuando, por un lado, compara su gesto con la hipótesis *filosófica* que sostenía el libro de Oscar Terán, *Nuestros años sesentas*, y por otro, incluye como objeto de tratamiento *estético* a parte de la intelectualidad crítica de la posdictadura bajo la categoría del *Salón literario*. Querríamos, sin embargo, comprender aquí lo que esa interpelación implica en términos estéticos. Si la fórmula señala que a los sesenta se entra por la filosofía pero a los ochenta (y más allá) por la estética, es necesario no sólo dar la discusión con la *filosofía* argentina, sino a la vez con el estatuto de la *estética* como disciplina en general.

Desde los ochenta la estética filosófica sufrió una transformación radical. Si bien nunca había sido una disciplina *mayor* entre los latifundios que hospedan a los problemas filosóficos, a partir de entonces sufre una operación de inversión y desactivación. La estética alcanza un auge importante, se convierte en una disciplina de moda, privilegiada, pero a fuerza de plegarse sobre los problemas del así llamado *mundo del arte*. En este contexto, el gesto de *Los espantos* es indiferente a ese *sentido común* que desde cierta concepción de la producción académica –no casualmente institucionalizada en los ochenta– hace de las disciplinas filosóficas un campo globalizado de problemas y agendas dictadas en una difusa comunidad *internacional* que tiene sedes precisas y fábricas conceptuales concretas. Frente a la globalización, continuar desde la estética el diálogo con el ensayo nacional podría abrir un campo propio y original, estratégico, en esta nueva división del trabajo conceptual que asigna lugares puntuales y contextos oportunos para la autorización filosófica. No es este el gesto de Schwarzböck, que se sostiene sobre las densas

categorías del marco conceptual de la estética filosófica bajo el presupuesto de la verdad de su *conceptualidad* y no de la *culturalidad*. La estética, así, sobrevive a contrapelo de la filosofía del arte. Intempestividad de un modo de abordar la cuestión de la estética que se atrincheró en la filosofía crítica y que, por lo tanto, enreda y anuda de la mano de la tradición frankfurtiana la problematización del goce estético con la emergencia política.

La política es lo que en el contexto del libro tiene como objeto la producción de una forma de vida. La vida *verdadera* fue pensada en la era de la utopía como resultado de la política revolucionaria. La política era el sentido de la filosofía en tanto que se proponía alcanzar lo verdadero. El fracaso del horizonte utópico revela su carácter de *ficción* y por lo tanto relocaliza lo verdadero del lado de la estética: la estética es el único bastión posible para lo verdadero cuando la vida se revela como falsa. Reconocer los derechos de la estética bajo las condiciones de una filosofía del arte que lo somete a las reglas democráticas de la vida falsa, no es más que matarla para dejar su máscara disponible en el carnaval del pluralismo.

*Los espantos* se autodefine como un ensayo de terror. Los espantos son fantasmas anti-trágicos: en lugar de encarnar el retorno de lo verdadero que llega con sed de justicia a un mundo devenido falso, son espantados como moscas a la dimensión de la imagen. El terror es aquello que no se sublima, no nos salvamos de él razón mediante. Y lo sublime es, aquí, la no-relación entre el Pueblo irrepresentable y el revolucionario, suturada por la idea o el ideal. Como personaje conceptual de terror, la estética no es la pesadilla que oprime, sino el zombie que comerá el cerebro (falso) de los vivos para visibilizar, finalmente, su no-verdad como verdad estética. Esta revancha “adorniana” tiene un matiz que vale la pena subrayar: la voz femenina de Schwarzböck tiñe la matriz conceptual adorniana de un tinte inesperado: el humor. Los lectores del libro no pueden evitar la incomodidad de un humor filosófico inédito, de raíz nietzscheana, en el que a la vez que comprendemos el horror de lo que allí se cuenta, observamos su no-tragedia esencial, y no podemos dejar de esbozar una sonrisa y hasta alguna pequeña y monstruosa carcajada. La voz que allí habla se identifica con un personaje particular: el niño-mierda, aquel que no está autorizado a hablar porque no fue tocado por la magia de una verdad prometida que le permitiría, una vez quebrada la promesa, ser su portavoz en la sobrevivencia falsa.

Sin manchas de verdad, el niño-mierda enuncia lo inenunciable: la vida verdadera sobrevive como *vida de derecha vivida como de izquierda*, es decir como personaje conceptual de un cuento de terror.

Pensar la política en la posdictadura en términos de *ismos*, es decir, como arte, implica una lectura pesimista del diagnóstico benjaminiano: sin horizonte utópico, y abandonada la posibilidad de acceder políticamente a la vida verdadera, no se trata ya de dar un fundamento político al arte sino de comprender el fundamento estético de la política. Lo que los ismos revelan en la historia del arte es la necesidad programática: denuncian la espontaneidad de la evidencia. La política *ismizada* se ocupará de dar un programa a la existencia estatal no evidente. Y ese fundamento se da como imagen. Como tal se vuelve visible y a la vez oculto, explícito en su artificiosidad. Ya no se trata de educar al sujeto en el gusto para asegurar un sentimiento pluralista común. Sino de tramitar otra subjetividad, una subjetividad educada en la imagen explícita. Schwarzböck señala agudamente que “la diferencia entre ambos yoes no puede leerse como una diferencia moral en el ejercicio de la pasividad” (p. 127), es decir, como un mero aflojamiento del gusto. Sino que el cambio implica una identificación del espectador con la máquina, que reemplaza al ojo para alcanzar el registro de los umbrales máximos de placer y de dolor como única pedagogía del gusto (y del consenso) contemporáneo. Esta pedagogía no es solo de la crueldad, sino más bien la de una *sensación* desencarnada –fuera del cuerpo– y no *sentimental*, es decir, no empática: “la mirada que está en condiciones de no cerrar los ojos”. De aquí que la conclusión no es mera justificación metodológica. Si lo único real es la realidad de las apariencias, entonces ya no es una lógica del discernimiento entre lo verdadero y lo falso la clave de bóveda para toda ontología (y toda filosofía política), sino aquella que permita pensar rigurosamente las apariencias y su deriva sensible: la estética.

El fracaso del horizonte utópico revela su carácter de ficción y por lo tanto relocaliza lo verdadero del lado de la estética: la estética es el único bastión posible para lo verdadero cuando la vida se revela como falsa.

# La estética en lugar de la política

JAVIER DE ANGELIS (UBA - CONICET)

Cuando en 1991, tras la caída del muro de Berlín, Heiner Müller en conversación con Alexander Kluge advierte que la conclusión de la *Teoría del partisano* de Carl Schmitt es que en la modernidad tardía, en una estructura definida tecnocráticamente, *un partisano es algo así como un perro en la autopista*, presenta con esa imagen el mismo enigma que introduce al sistema de los espantos. El enigma que guía esa lectura de Müller y la escritura de Schwarzböck es el del lugar del materialismo y la política de izquierda en la situación concreta de la posmodernidad neoliberal. Luego del derrumbe soviético, aparentemente liberado del fantasma del comunismo, el neoliberalismo encarna el ingreso en un régimen de explicitud radical. La vida de derecha, en ese régimen, aparece entonces como la única vida posible. A este ingreso en la representación absoluta *Los espantos* contesta desde el materialismo: hace falta *más estética*. Si como dice Terán, a los sesentas y setentas hay que introducirse por la filosofía política, la posdictadura y sus espantos son objeto de la estética. Pertenecen al régimen de la apariencia y, por tanto, es preciso movilizar toda la potencia de la conceptualidad abierta con la *Crítica del juicio* kantiana. El análisis de la vida verdadera, de la posdictadura y de su sistema de espantos en cuanto objetos de la estética constituye, en efecto, el modelo de una actualización del programa de la estética materialista desplegado a lo largo del siglo XX por Lukács, Adorno, Benjamin, Brecht, Kluge y Groys, entre otros. En este sentido, el libro de Schwarzböck tranquilamente podría estar encabezado por la cita revulsiva de Severo Sarduy que Néstor Perlongher envía desde San Pablo a la revista *Babel* en junio de 1989 cuando le preguntan por las frases literarias que siempre lo acompañan: *lo primero para hacer la revolución es ir bien vestida*.

En su prólogo a *La pasión y la excepción* Beatriz Sarlo dice *veo a otra mujer (que ya no soy)* cuando mira hacia atrás, aquel día de 1970 en que festejaba el asesinato de Aramburu por parte de Mon-



toneros.<sup>1</sup> En la clave schmittiana de *Los espantos*, se deja leer ahí la estetización de la política del salón literario posdictatorial y su forma de compensación de la derrota sin guerra en la expansión infinita del yo irónico. La democracia como *retorno* se comprende

Tras la formulación de una estética posparanoica, como actualización del programa materialista, el libro se cierra con una cita marxiana y la reaparición de estas “figuras estructuralmente espectrales”: son los muertos que pesan como una pesadilla sobre la conciencia de los vivos. Y existen en tiempo presente. Sobre la conciencia neoliberal. El materialismo de Schwarzböck reclama entonces ese no-objeto del género de terror para la estética.

a partir de 1984 en su no verdad. En efecto, la conjura de la violencia política en las figuras del mal absoluto había marcado la hora final para la política romántica encarnada en la subjetividad partisana de las militancias setentistas y su régimen de verdad. Para las militancias revolucionarias, el Pueblo, en cuanto portador de la vida verdadera, funcionaba al modo del rostro de la amada Dulcinea para el Quijote. Su relación inmediata con el Pueblo en los términos de un juicio estético y la experiencia sublime de ese objeto que motiva la acción ya no tienen lugar cuando

la vida de derecha se muestra triunfante como la única vida vivible. Es la literatura, en la ilustración oscura de Rodolfo Fogwill, quien mejor comprende en este sentido el momento de la transición democrática y la victoria silenciosa de los poderes económicos.

Ahora bien, la contribución decisiva de *Los espantos* aparece en este punto. Si el neoliberalismo encarna la realización más acabada de la tecnocracia, la victoria silenciosa de los poderes económicos y el ingreso en un régimen de la apariencia como esencia, *sin fantasma del comunismo*, es precisamente la radical materialidad e inmanencia de sus imágenes la que se convierte en objeto del pensamiento estético-político. La clandestinidad estructural de las instituciones de la sociedad neoliberal ya no se oculta, se muestra. El momento secreto de lo político se expone a

la luz del día y, como en una guerra sin fin, donde el enemigo es el Terror sin más, más que nunca *poder es reputación de poder*. En ese escenario la construcción del enemigo es ficcional. Tal como señala Schwarzböck, “cuando finalmente la tecnología, con internet, se adecua a los deseos humanos, la estética explícita ya es, de manera ostensible, la estética hegemónica de la sociabilidad contemporánea” (p. 26). Si la sociabilidad y la política adquieren para el neoliberalismo la forma de una economía cultural, al análisis de su funcionamiento está dedicada la estética materialista posparanoica.

El concepto clave de esta actualización de la estética materialista para el mundo de la guerra infinita contra el Terror y sin el fantasma del comunismo, sin un enemigo en el horizonte que impugne su régimen de no verdad, son las *imágenes explícitas*. Frente a las imágenes religiosas y sus formas secularizadas, éstas son imágenes paganas. Una estética posparanoica es fundamentalmente una estética que comprende en esta situación concreta que la imaginación desborda el arte y que la imagen en el mundo altamente tecnificado de la posmodernidad neoliberal, con la expansión de internet y sus dispositivos móviles de captura y archivación, a la altura del deseo burgués, es tratada como mercancía. En cuanto a la imagen, exige entonces que sea pensada desbordando todo lenguaje artístico, pero también desde la lógica de la cámara. “La explicitud es la estética de la cámara” (p. 125). Es el largo siglo del cine el que ha conseguido pensar la mirada de la cámara y su lenguaje para la estética. En este sentido, *Los espantos* se comprende en el marco de la obra de Schwarzböck. Pensar lo espantos, desde una estética materialista, es entonces “detenerse en la apariencia, como haría una cámara, para ver qué hay cuando nadie mira” (p. 28). La referencia a la técnica no es simplemente una metáfora.

A poco de comenzar su *Fenomenología del espíritu*, Hegel nos invita a mirar frente a frente a lo negativo para así poder conquistar al espíritu en su absoluto desgarramiento. *Los espantos*, en cambio, se abre con la imagen de Lala, de *La mujer sin cabeza* de Lucrecia Martel, en la que le dice a su sobrina Vero: “Son espantos. No los mires y se van”. Lala y Vero son mujeres sin revuelta, dice Schwarzböck. Ellas pueden ver los espantos (en imágenes de baja definición, en VHS, fuera de foco, espectrales, como imágenes paganas, amenazando desde el fuera de plano), pero no pueden pensarlos. Hubiese

1 Cf. Sarlo, Beatriz, *La pasión y la excepción. Eva, Borges y el asesinato de Aramburu*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2003.

preferido lo moderno, dice Lala. En ese camino, la locura reemplaza a la revuelta. Schwarzböck identifica esta posición con la del trabajo doméstico como origen de la reproducción del sistema de los espantos. Tras la formulación de una estética posparanoica, como actualización del programa materialista, el libro se cierra con una cita marxiana y la reaparición de estas “figuras estructuralmente espectrales”: son los muertos que pesan *como una pesadilla* sobre la conciencia de los vivos. Y existen en tiempo presente. Sobre la conciencia neoliberal. El materialismo de Schwarzböck reclama entonces ese no-objeto del género de terror para la estética. En tiempos en que esta parece reducirse a un discurso curatorial subsumido al mercado del arte y sus instituciones, *Los espantos* despliega el modelo de una estética con potencia renacida. Sus objetos son el juicio, las imágenes y su forma presente, no la obra de arte sin más. Por eso, en un régimen de explicitud, la estética se pone en lugar de la política. Se trata entonces de una expansión del dominio de la estética y de una actualización de su programa materialista. De este modo, finalmente, se determinan además los elementos conceptuales para la comprensión de un nuevo sujeto político nacido en el fuera de plano de los noventa, emergido en la crisis de 2001 y agente clave desde entonces: los movimientos sociales. Es la *distancia* que mantienen estas organizaciones frente al Estado, su novedosa posición en la democracia como *comienzo*, la que es también objeto de la estética posparanoica. El escenario del sistema de los espantos se abre con la explicitud de lo clandestino, pero completa ese mecanismo de retorno con un nuevo comienzo bajo la figura de un agente que ya no se identifica con la totalidad del Estado posdictatorial. Es precisamente la inscripción de esa distancia la que permite pensar el sistema de los espantos y anuncia así una praxis política transformadora.



# Estética y política

FERNANDO SVETKO (UNC)

## 1.

*Los espantos*. El título del ensayo, que proviene de un análisis del film *La mujer sin cabeza* (2008), de Lucrecia Martel,<sup>1</sup> es un buen ejemplo de cómo la fina crítica puede destacar y separar del conjunto fluido de una obra un detalle atendible, y convertirlo a su vez en clave de lectura de toda una época. En ese texto de 2009 podemos encontrar una clara e inteligente exposición de al menos tres tópicos: de la construcción de una impunidad criminal que no recurre a la inteligencia clásica del plan maestro, sino que se vale, casi sin proponérselo, de la mera pertenencia a una clase “acomodada”; de la dependencia del servicio doméstico como una eximición de limpiar la propia casa que es, en el fondo, el modo en el que la burguesía imita a la aristocracia; del punto de vista perverso desde el que algunos aristócratas vernáculos han fantaseado acerca de cómo podrían mirarlos conspirativamente aquellos que los sirven, y de cómo la directora decide no adoptar ese punto de vista sino otro más parecido a un plano subjetivo indirecto de la propia clase.<sup>2</sup>

Es como si Martel hubiera descubierto, al no permitirse un punto de vista de clase perversamente mediado (el que narra las miserias de la propia clase pretendiendo enajenarse en el punto de vista de la clase oprimida por ella), que no existe mirada progresista sobre situaciones que no deberían existir.<sup>3</sup>

<sup>1</sup> Schwarzböck, S., “Los espantos”, en *Kilómetro 111. Ensayos sobre cine*, N° 8, Santiago Arcos editor, Buenos Aires, diciembre de 2009, pp. 166-171.

<sup>2</sup> Esa cámara “pasoliniana” un poco corrida de la nuca, sobre el hombro de la protagonista (que se puede apreciar tanto en la secuencia de la charla sobre los espantos, como en la del ingreso a la villa miseria donde vive la familia de su posible víctima), que nos permite ver lo que ve ella, como en una subjetiva típica, y también lo que ve la cámara, la directora, su *posición*.

<sup>3</sup> *Ibid.*, p. 170. En la misma página, en nota al pie del texto, y casi como si echara un manto de piedad sobre una posible mirada progresista, Schwarzböck alude a la iniciativa del gobierno que insta a los empleadores domésticos a registrar a sus empleados como monotributistas, para que tengan aportes jubilatorios y obra social.

Así, el mundo que presenta la directora no es el de esa “burguesía pre-antonioniana” de la que hablaba Glauber Rocha cuando criticaba nuestro cine modernista de los sesenta, sino el de una microfísica de las relaciones entre clases, en la que cada cosa y cada gesto captado parecen atestiguar esa importancia que atribuye Schwarzböck a “detenerse en la apariencia, como haría una cámara, para ver qué hay cuando nadie mira” (p. 28). Y que no remite, por tanto, a una estética del silencio o de la ausencia, sino a la estética explícita que muestra cómo se representa de manera siniestra una presencia negada como tal por la mirada que la ve pero no puede pensarla.

## 2.

En el ensayo que leemos ahora, y que aparece con un prólogo fechado en diciembre de 2015, los espantos son lo que permanece de la dictadura en democracia, como posdictadura, y que solicitan a la estética, no para ser descifrados como un sentido oculto, sino para ser pensados justamente como lo que aparece sin ser visto, o como lo que, siendo mirado, es tratado como aparición sin cuerpo o sin sustento real.

Se presenta de manera clara y sugestiva la hipótesis de la revolución como una estética: el juicio del militante revolucionario sobre el Pueblo no es un juicio de conocimiento, que determine que ahí hay algo que tiene tal o cual forma y características, sino un juicio estético que se da bajo la forma de un sentimiento, en este caso de lo sublime –de la inadecuación de la idea, en este caso de Pueblo, a toda forma imaginable por las facultades del entendimiento y la imaginación, que se ven así rebasadas, produciendo este rebasamiento un placer negativo. Luego del horror de los campos, los esbozos de autocrítica también suponen una estetización de la izquierda intelectual, por cuanto asumen un pensamiento de la acción transformadora en el mundo bajo el presupuesto de la no verdad y de la ausencia de un sujeto fundante. Eso, que la autora llama “interpretacionismo”, aparece también como parte de la nueva vocación democrática de una izquierda que deja de interpretar a la política como “cosa de burgueses”.

Se presenta la victoria disfrazada de derrota de los vencedores que callan, y la derrota sin guerra de los que narran y piensan, casi

como esa victoria amarga en la que “quedan los artistas”: una racionalización de lo real (“mi reino no es de este mundo”) que reconvierte a la vida de izquierda en autonomía del campo cultural.

Se presentan los *ismos* de la posdictadura bajo rúbricas originales y detalladas: desde lances audaces de psicología social, como el “buenismo” del ciudadano que menta lo *cívico* del Golpe sin incluirse en ello, hasta descripciones densas de la vida filosófica entre la academia, la cultura y los medios, y el “destino mayor” del servicio público casi como la continuación por otros medios de un ensayismo político sin contrafrentes sistemáticos (el “burocratismo”).

Se presenta el paso de la conRAINTeligencia paranoica que intenta desocultar el pensamiento paraestatal (el “walshismo”) a una estética posparanoica (el “poswalshismo”) que consiste en aprender a prestar atención a una clandestinidad que se vuelve explícita y que cifra su potencia en la mirada impotente a la que se ofrece como poder sin merma posible.

### 3.

Los espantos, por pertenecer al género de terror, piden a la estética para ser leídos. Lo que en democracia no se puede concebir de la dictadura, por más que se padezcan sus efectos, es aquello de ella que se vuelve representable, en lugar de irrepresentable, como posdictadura: la victoria de su proyecto económico / la derrota *sin guerra* de las organizaciones revolucionarias / la rehabilitación de la vida de derecha como la única vida posible (p. 23).

Algo que no comprendemos: ¿Qué significa que lo no concebible de la dictadura es la victoria de su proyecto económico, la derrota sin guerra de las organizaciones revolucionarias y la rehabilitación de la vida de derecha como la única vida posible? ¿En qué sentido es no concebible, y para quiénes? ¿Qué significa concebir?

¿Acaso no es un rasgo definitorio de la concepción y el discurso público de una agrupación como H.I.J.O.S., por ejemplo, el haber retomado la *Carta* de Walsh y el haber puesto uno de los ejes de sus análisis precisamente en la denuncia del Terrorismo de Estado como parte política de un plan continental diseñado en los Estados Unidos para instalar sin resistencias el neoliberalismo en América

Latina? ¿Acaso no es esta concepción la que vincula al movimiento de derechos humanos con otros movimientos sociales en la configuración del contrapoder del fin de la larga década? ¿No aparece esta concepción también en la literatura, e incluso en alguna de esas “malísimas películas nacionales que se filman, a partir de 1984, sobre la así llamada *historia reciente*” (p. 43)?<sup>4</sup>

Estas resistencias, que aparecieron mayormente en los noventa, y que forman parte de esa militancia inorgánica que -según la autora- pasó a ser orgánica en 2003, parecen quedar reducidas a los reclamos por los derechos de sangre que, en palabras de Fogwill, habrían ocluido el reclamo por los derechos de propiedad de la sociedad posdictatorial.

Tal como la comprendemos –o como sospechamos no comprenderla-, la hipótesis sobre esta imposibilidad de concebir la victoria del proyecto económico dictatorial y la posibilidad ganada de articularlo –en tanto “derecha sin *ismo*”- con la democracia, parece soslayar la existencia o la relevancia concreta tanto de los discursos de resistencia que presentan al menemismo como continuidad –por otros medios- de la economía política del Golpe, como de una ficción del Estado que no sea meramente la de los poderosos que intentan engañar al Pueblo, convenciéndolo precisamente de la importancia, por su bien, de que el Estado exista. O la más weberiana del monopolio (inestable) de la violencia: “la ocupación real del Estado que pueda lograr una fuerza política, a partir de 1984, se medirá por el grado de autarquía de las fuerzas armadas, las fuerzas policiales, los servicios secretos, y el servicio penitenciario” (p. 118).

Algo que no comprendemos:  
¿Qué significa que lo no concebible de la dictadura es la victoria de su proyecto económico, la derrota sin guerra de las organizaciones revolucionarias y la rehabilitación de la vida de derecha como la única vida posible? ¿En qué sentido es no concebible, y para quiénes? ¿Qué significa concebir?

<sup>4</sup> Ya desde *La historia oficial*, en 1985, hasta *Buenos Aires viceversa*, en 1996, tanto el tema de la responsabilidad empresaria en el Golpe como el de la victoria del proyecto económico dictatorial aparecen más o menos representados; aunque puede no satisfacer su tratamiento, por supuesto, y aunque la representación de las víctimas de la dictadura en esos filmes tampoco carezca de problemas.



Tal vez porque a Schwarzböck le interesa ese momento en el que la política se estetiza con la pretensión de crear un régimen de la apariencia sin resto, y en el que la estabilidad institucional en relación con las fuerzas de seguridad se sostiene a través de un mercado del delito cuya clandestinidad se vuelve explícita. O tal vez porque el análisis de *Los espantos* llega en cierto modo hasta el 2008, que es precisamente el año de la primera gran división –de una serie casi ininterrumpida de ahí en adelante– que el partido gobernante produjo, para exaltaciones y penas, y que según una interpretación posible, configuró al kirchnerismo como una nueva ficción del Estado,<sup>5</sup> y como una nueva *Renovación* conflictiva del peronismo, que registraba su última adhesión popular masiva –tal como lo señala en más de una ocasión la autora– en la reelección de Menem en 1995.

#### 4.

El progresismo ha sido conjurado aquí también como un espectro. Ese espectro ronda los círculos intelectuales que en los ochenta abjuraron de la revolución en favor de los derechos humanos, abrazan el “interpretacionismo”, y no pueden concebir su derrota como la victoria de un proyecto *banquero-oligárquico-multinacional* –según la denominación de Fogwill. Y parece tener una cuota de responsabilidad por esa abyección política de los noventa que articula, sin grandes conflictos, la democracia con el neoliberalismo: la gran victoria, disfrazada de derrota, de la dictadura como posteridad.

Ahora creemos comprender un poco mejor a qué se refiere esa imposibilidad de concebir por la que preguntábamos. Y tal vez no sea educado solicitar un detalle de nombres y citas –como los que prodiga el libro de Terán sobre los sesenta– para enriquecer tal comprensión. Porque aquí se trata de una estética y no de una historia de las ideas. Y la autora explica que el juicio del Salón se pronuncia sobre lo bueno y hace un fuerte silencio sobre lo malo.

Tal vez tampoco se haya tratado de una crisis de la imaginación, sino, como pensaba Sarlo en 2001, de una crisis de hegemonía para

sostener con poder otras ideas sobre la justicia.<sup>6</sup>

Lo cierto es que los sesenta y los setenta, no sabemos si nuestros, parecen retornar bajo una de las tesis principales del ensayo, que recuerda a la apocalíptica comparación entre el fascismo y el neofascismo realizada por Pasolini en los artículos “corsarios” para el *Corriere della Sera*, donde explicaba que lo que no había logrado inficionar en el cuerpo social la violenta heteronomía de los años treinta y cuarenta, sí lo había logrado en profundidad el “milagro italiano” del consumo y el bienestar de los sesenta: la asunción, más o menos gozosa, más o menos resignada, de que la vida de derecha es la única posible.

Y parecen retornar también en la tesis que se refiere al juicio sublime sobre el Pueblo Irrepresentable, en su brutal confrontación con las constataciones estadísticas sobre el Pueblo Representado: un juicio estético que, según creemos, pareciera no sólo haber orientado a la militancia de izquierda de aquellos años setenta, sino también en parte a este último intento recientemente derrotado de una década –también larga– que quiso conjugar, riesgadamente, la recuperación sublime de esa idea que sobrepasa toda medida, con los elementos no políticos de la política, y con la posibilidad de capitalizar numéricamente esa recuperación, sin valerse de todos los recursos necesarios para tal efecto.

<sup>5</sup> Se podría pensar que el primer episodio de esta nueva ficción del Estado tuvo lugar el 24 de marzo de 2004 en el Colegio Militar de El Palomar, pero ese episodio –quizá debido al “buenismo” al que se refiere Schwarzböck– no produjo la división política y social que sí generó el llamado “conflicto del campo”.

<sup>6</sup> Sarlo, B., “Las mejores ideas, sin poder”, en *Clarín*, edición del 22 de noviembre de 2001.

# El hechizo. Sin Milagro ni catástrofe

GERMÁN GALLINO (FONCYT - UNLAM)

Y JOSÉ ELÍAS HAGE (UBA - PJ)

● Vivir sin problemas. Hechizados, como zombies vegetarianos. “Nadie ha devuelto las picanas” (p. 61). ¿Picanas? Armas. ¿Muertos? Bellas almas progresistas que de la huella hacen pie, con zapato lustrado. Mirar sin mirar. Como *La mujer sin cabeza* que no piensa, que ni siquiera mira. Total, es un perro muerto y con un palo le contamos las costillas. Nos robaron hasta la muerte. ¡Devuelvan las picanas! El submarino, lo tomamos con tostado.

\*\*\*

.El ensayo *Los espantos* (proyecto editorial encarado por Las Cuarenta y *El río sin orillas*) puede leerse como una forma de sumergirse en la práctica de la *mediumnidad*. Entre el esoterismo y la profanación la estética es la posibilidad de pensar la realidad de las apariencias y sus efectos. La filósofa Silvia Schwarzböck nos convoca a leer la historia reciente desde lo gris, gesto que luego de sumergirse en la letra fundante, por su potencia, resulta ineludible y sugerente. Es un ensayo revulsivo en un doble sentido, construye un mapa que no sólo funda una novedosa maquinaria nominativa para abordar la historia reciente sino que rehabilita el lugar de la estética en tanto lente filosófico y político. Mediante el incómodo oficio de la paradoja lo gris brilla en *Los espantos*. Mediante insinuante artificio de lo contingente lo chato cobra espesura. Y el tufillo nos marea, hoy, marzo de 2017.

\*\*\*

.La vida sin fantasmas, en un tiempo suspendido: pseudoactivismo. Sin embargo, espantos. Terror a la luz del día. “Lo que no se puede concebir de la dictadura, a partir de entonces, es precisamente lo que sí se puede ver, incluso a la luz del día” (pp. 25-26). Espantados, miramos la televisión sin espantos. Escuchamos nuestra propia risa simiesca cuando esquivamos la sangre que salpica desde la pantalla.

Efectos que perduran de un tiempo inmemorial, ¿desde el 89? ¿El 55? ¿1930? ¿Mediados del siglo XIX? ¿Desde el fusilamiento de Liniers? Espía vuestro cuello, siempre.

\*\*\*

.*Los espantos* nos pone(n) de frente ante el hechizo del tiempo de la posdictadura no en tanto el revelamiento de lo oculto por debajo, sino en cuanto a la exuberante rebelión de la superficie. El ensayo traza un nuevo campo de batalla donde disputar el sentido de la historia reciente. “La posdictadura es *lo que queda* de la



dictadura, de 1984 hasta hoy, después de su victoria disfrazada de derrota” (p. 23). Y el hechizo de la posdictadura desactiva la realidad de la reja. ¿Cuáles son *nuestros* muertos? Convivimos con la realidad de la tortura en efecto 3D, en pantalla gigante, mientras comemos nachos con salsa. No hay Milagro y tampoco hay catástrofe, sólo resignación. ¿Sólo resta vivir sin problemas? ¿Sólo queda una vida de derecha por vivir? ¿Sin milagros ni tragedias? ¿Sin épica? ¿Sin pueblo intratable?

\*\*\*

¿Sin amor? Si no hay verdad fundante no hay amor posible. Si no hay amor, no hay piedad, no hay Justicia ni vida conjunta. ¿Amamos a nuestros enemigos? ¿Dejamos de amar? Perdura un tiempo sin tiempo –profusa técnica, posdictadura–, sin horizonte, invariable por su plasticidad, sin esperanza. Amar es producir

Espantados, miramos la televisión sin espantos. Escuchamos nuestra propia risa simiesca cuando esquivamos la sangre que salpica desde la pantalla. Efectos que perduran de un tiempo inmemorial, ¿desde el 89? ¿El 55? ¿1930? ¿Mediados del siglo XIX? ¿Desde el fusilamiento de Liniers?

miedo, no terror, es aferrarse a la realidad de la reja y destruirla. Milagro detrás de ella, sin catástrofe. 2017. El hechizo es plástico, amargo y su conjuro requiere fundación.

\*\*\*

“No hay desierto, en el siglo XX argentino, donde volverse salvaje” (p. 29). ¿Será el Desierto el lugar de resistencia a la

desertificación del desierto? ¿Será el desierto el lugar de resistencia al Desierto como fundamento? En el tiempo sin tiempo no hay mito. No hay Antígona Vélez, porque la locura reemplaza a la revuelta. Locura espiralada, las ruedas de la sospecha alimentan la máquina infernal de la posdictadura. Desierto transformado en “jungla de espejos”. Espejos que confunden, desdoblán y ensombrecen por su copia fantasmal. Por delante: una “guerra imaginaria”, donde el “traidorcómplice” es el héroe y su reverso. Como una pesadilla, en tiempo presente los espantos aparecen.

## Más allá de la no verdad

JULIÁN FERREYRA (CONICET - UBA)

Según Silvia Schwarzböck, la filosofía es beligerancia en torno a ideas. Y eso es lo que su libro *Los espantos* indudablemente produce. Se trata de un libro intenso, que se presenta como un enigma, en su construcción, en su escritura. Sobre ese enigma quiero decir algunas de las muchas cosas que se disparaban sin cesar en mi cerebro mientras lo leía con entusiasmo y sensibilidad desbordada.

1) El problema de la “filosofía” en la Argentina es que combatimos por posiciones académicas y no por ideas (tal es mi interpretación de las páginas más sustanciosas del libro: 81 a 85). Este desgraciado estado de la filosofía actual en nuestro país es, para esta disciplina en particular, el resultado de la “no verdad” que impera en la posdictadura: lo que Schwarzböck llama “la vida de derecha”. Quizás el libro pueda leerse como un llamado a revertir este estado de cosas (o ideas), una apelación a la controversia de ideas, a la beligerancia en el debate filosófico que surja de la pasión detrás de defender una posición. *Los espantos*, así leído, sería un llamado a la política filosófica para que cumpla el “destino originario” de la disciplina (si se me permite usar la formulación de Fogwill que Schwarzböck retoma no sin ironía -p. 82-), y evite que toda nuestra “política” se limite a lo académico, a concursos, dictámenes y otras instancias de disputa formales. No hay filosofía argentina, y sólo la habrá cuando desistamos de considerarla de forma histórico-cultural (ensayística) y lo hagamos de manera “propriadamente filosófica”. Es decir: controversial. Nos respetaremos cuando nos critiquemos de forma salvaje. En esa tierra salvaje, y sólo en ella, surgirá la filosofía argentina.

2) En la posdictadura triunfó la no-verdad, que es vida de derecha, que es liberalismo, que es pragmatismo, que es la explotación capitalista (tomando la serie que recorre el libro: pp. 22-23, 41, 76). Según la letra que da inicio a *Los espantos*, “lo contrario de la no verdad, cuando lo no verdadero no es lo falso, es el orden social justo que iba a fundar la revolución tras la victoria” (p. 22). Todo parece indicar que Schwarzböck da por fenecida la posibilidad de ese orden social justo (“la patria

socialista”). No hay resurrección para la verdad que en la posdictadura fue fusilada por la alianza de la filosofía posanalítica y posestructuralista que caracterizó al alfonsinismo (según la provocadora tesis de la página 101). Sin embargo, la serie de la “no verdad” es claramente condenada por la autora. Podría, en ese sentido, haber *otra* contracara de la no verdad que Schwarzböck secretamente reivindicaría. De ser así, el libro podría tener incluso una interpretación kirchnerista (frágilmente apuntalada por la indicación de que en 2003 se buscó un comienzo y no el retorno característico de la posdictadura -p. 131-, en general desalentada por el tono pesimista de una obra escrita antes del advenimiento del espanto encarnado: el macrismo).

3) La estética es la disciplina privilegiada de la filosofía, el punto de partida de cualquier trayecto, incluso político. A diferencia del juicio de conocimiento, cuyo objeto es la verdad, el juicio estético se dedica a pensar rigurosamente “en términos de no verdad” (p. 21). Puede parecer entonces que el enfoque estético de *Los espantos* implica que Schwarzböck legitima la no verdad. No me parece: creo que reivindica una contracara de la no verdad, una “no-no verdad” estética donde yacen todas nuestras esperanzas de poder pensar todavía.

4) La democracia es el eslabón pleno de la cadena que une no verdad, posdictadura, liberalismo y sometimiento. El voto es cuantitativo, formal. Da forma a un pueblo “representable” que puede justificar cualquier cosa (el menemismo, el macrismo), y puede ser culpable de su propio sufrimiento (p. 41). Aquí me pongo beligerante con Schwarzböck. Creo que le da un tratamiento injusto a la capacidad del voto de representar al pueblo de forma “verdadera” (o, al menos, no-no verdadera). Creo que clausura la posibilidad de trabajar políticamente a partir de la “voz de las urnas”, y no condenarlo a ser, meramente, “el momento no político de la política” (p. 92). De la misma manera, el pueblo irrepresentable que sólo el juicio estético podría captar (p. 30) se ha hecho presente sin cesar como “multitud sublime” en las calles desde el 2003, para defender tanto los intereses del pueblo como los de las corporaciones (con lo cual se eslabona con la cadena de la no verdad). El pueblo irrepresentable es así un mal candidato para encerrar la clave de la secreta no-no verdad que adivinamos en el libro. El pueblo que se hace representable en el voto me parece un mejor camino para pensar (lo cual no hace sino confirmar la tesis del libro según la cual el “posmodernismo” sería una de las pinzas del alfonsinismo).

5) Segunda beligerancia, que pasa por la misma lógica. Hay en *Los espantos*, paralelamente a la desconfianza en el sufragio, un desprecio de la burocracia, tanto a nivel nación (p. 66) como a nivel académico (pp. 81, 88). No queda clara la posición de Schwarzböck respecto al Estado (que aparece tematizado en página p. 64). Pero no hay Estado sin burocracia. Es un aspecto formal, es cierto, pero constitutivo. Al mismo tiempo, la burocracia académica, y más específicamente filosófica, no es un impedimento real para hacer verdadera filosofía. Ningún mecanismo formal (ni “de cátedra” ni “burocrático” -el inmenso culo de cátedra, p. 82-) impide que discutamos ideas. Discutir ideas en género ensayo publicado en revistas culturales y no en *papers* en revistas académicas indexadas es nuestra responsabilidad, nuestra decisión, sólo nuestra. *Los espantos* es expresión de la posibilidad de hacerlo, ya que es un artefacto filosófico, auténticamente filosófico (beligerante), escrito por una figura consagrada por los mecanismos institucionales (titular de cátedra en la carrera de filosofía de la UBA), y pasible de más que satisfactoria acreditación académica (en la lucha que se está dando por elevar el valor del formato libro en las evaluaciones).

6) Pese a la crítica del voto en tanto momento no político de la política (p. 92), por su carácter cuantitativo, estadístico y en suma *económico* (pp. 92-93), en *Los espantos* hay una defensa de la economía política (o la política económica). Y esto porque limitar lo político, lo verdadero, a lo extra-económico (los horrores de la represión y la reivindicación de los lazos de sangre) es dejar que venza la vida de derecha (p. 60). Desligar lo económico de lo político es una de las claves de la posdictadura. De lo cual podemos concluir, legítimamente, que la alternativa a la vida de derecha *debe ser económica*, u otra mutación de lo cuantitativo (cantidades intensivas, diría Deleuze). Entonces, debe incorporar el voto (es decir, la cuantificación de lo político) y, *mutatis mutandis*, la burocracia (y sus mecanismos de cuantificación de lo estatal). Ni la democracia ni los aspectos formales-burocráticos del aparato de Estado son esencialmente de dere-

No hay filosofía argentina, y sólo la habrá cuando desistamos de considerarla de forma histórico-cultural (ensayística) y lo hagamos de manera “propiamente filosófica”. Es decir: controversial. Nos respetaremos cuando nos critiquemos de forma salvaje.

cha. En suma, mis puntos 5) y 6) pueden ser defendidos desde la misma perspectiva de Schwarzböck – con sólo forzar un poco la interpretación, una de las formas sublimes de la beligerancia filosófica.

7) *Los espantos* es un libro esperanzador, aunque parezca desesperado. Los espantos son aquello que la revolución prometía erradicar, y que ahora persiste pese al fenecer de las utopías. Los espantos son los espectros que, como los de Marx, impiden que la vida se cierre en la vida de derecha, que obturan el eterno retorno de lo mismo bajo la forma de la no verdad y exigen que, tarde o temprano, nos pongamos a pensar nuevamente, dando a luz un reverso de ese mundo terrible y desesperado donde sólo existe lo no verdadero. Así considerado, *Los espantos* es un llamado, aunque paradójico, a una nueva utopía.



## Decantaciones omnímodas

La filosofía argentina en *Los espantos*.

**MARIANO GAUDIO** (CONICET - UBA)

La permanencia del terror en múltiples e irreductibles formas se condice con una comprensión estética de lo posdictatorial en términos de no-verdad adorniana. Esta tesis recorre *Los espantos* de Silvia Schwarzböck y en cierto punto se detiene en el salón literario de los '80, entre cuyos subproductos o *ismos* se encuentra la filosofía argentina asociada al “burocratismo”. En la época posdictatorial la vida cultural se vuelve diurna y adquiere una racionalidad burocrática que sintoniza en una misma lógica la cultura, los medios y la academia (p. 81). La estrecha identidad entre filosofía y servicio público funciona como puntapié para un abanico de consideraciones de Schwarzböck sobre la situación de la filosofía en Argentina, y aquí nos detenemos nosotros para analizar semejante espanto, la filosofía argentina, en la cual se manifiestan algunas decantaciones que devienen omnímodas y metamorfosean la gesta hasta disolver lo filosófico y convertirlo en un saber-para u objeto utilizable y rentable en la democracia y su mercado de ideas. Este concepto –esperamos– se aclarará con el desarrollo.

Ante todo, una primera decantación se observa en los nombres: los *filósofos* argentinos no son considerados como tales, sino sólo como *intelectuales* o *pensadores* “en la única materia de la carrera que se ocupa de ellos” (p. 83), es decir, en *Pensamiento Argentino* y *Latinoamericano*. La distinción podría presuponer que los filósofos no se ocupan de lo público y concreto, y que cuando toman posición y se embarran en decisiones se convierten en intelectuales de un determinado sector social o en pensadores de coyuntura. Sin embargo, hay algo más: la distinción denota que los últimos mercadean con ideas que vienen y van, que se tuercen en un determinado momento hacia una toma de posición y que luego se eclecticizan en variaciones temporales difíciles de conciliar. Lejos de la sistematicidad, el periplo impredecible y contingente serviría de excusa para liquidar la cuestión de la existencia de la filo-

sofía en la periferia y evitar la sanción sobre un tópico implícito e inconfesable: su carácter subvaluado y distorsionador respecto de las corrientes originales y centrales. Pero aceptar todo esto implica otra distinción al interior del nombre “filósofo”: una cosa son los Filósofos (grandes, originales, generadores de ideas, etc.) y otra cosa los profesionales de la filosofía que se dedican al estudio académico especializado. Para éstos decirse filósofos es altanero y pedante, más aun en la periferia, y decirle filósofos a aquellos profesionales que hicieron otrora lo mismo que ellos ahora, es un exceso, prácticamente un espanto. Mejor denominarlos intelectuales o pensadores.

Así, mientras los profesionales trabajan seriamente con las ideas en la academia, los intelectuales juegan con ellas (las manosean, moldean, sacuden, rompen o recrean) en el patio ficcional del espacio público. Ahora bien, “la única materia” –como señala Schwarzböck– está dentro de la seriedad académica, y entonces arroja con el contexto histórico-cultural de ideas circulantes las ocurrencias y el eclecticismo de los pensadores. Los salvan, los maquillan con

En todos estos cauces [de las decantaciones omnímodas] el proceso, que es por sí filosófico si de este modo lo vemos, se autoabsorbe, congela lo dinámico y convierte la inmensa tierra fértil y fecunda, exuberante como América entera, en desierto.

un clima de época, y a la vez los momifican y clausuran, porque impiden tanto sus miserias como sus genialidades. La historia de las ideas degenera en cronología epocal: sin conflictos, sin contradicciones, sin disputa de sentido, sin diferenciaciones de clase; a lo sumo, con algún díscolo o corriente bastarda, absorbidos siempre desde la historia, desde una

historia entendida como colección de ideas. ¿Qué queda luego para la filosofía? Acomodar las estanterías, rellenarlas un poco más, jugar con las evocaciones... Se vislumbra así otro aspecto de la decantación omnímoda que fija ideas y anula la efervescencia de la discusión no-histórica que las vivifica.

El contraste con la literatura resulta nítido, porque la filosofía –dice Schwarzböck– carece de una tradición con la cual pelearse: “Sin una herencia, no hay contra quién pensar: ni un Martín Fierro ni un Hegel vernáculo” (*Ibid.*). Esta ausencia de una mo-

dernidad fuerte, o de un sistema completo, lejos de ser una inyección para pensar, representa un desvío hacia el ensayismo. Ahora bien, ¿qué significa “no hay”? La metafísica de la ausencia contiene un gran potencial significativo no sólo filosófico, también artístico. Pero la desactivación de las ideas en el coleccionismo invierte el falso epígrafe sarmientino y logra que el personaje degluta el concepto: *a las ideas se las degüella, a los ensayistas no*. Entonces, “no hay” (herencia, tradición, enemigo) significa “no hay referencialidad”; no porque no se encuentre, sino porque no se construye, o se construye según los parámetros de objetos fácilmente ubicables en la repisa de ideas. Si se quisiera producir la referencialidad o apenas trascender lo histórico para lidiar con la sustancia filosófica y recuperar la vitalidad conceptual, se recibiría la sanción académica indefectiblemente condenatoria, coherente con el mantenimiento del *status quo*: “la santificación del ensayo no sólo no cuestiona la departamentalización del espíritu en vigencia, sino que hace que el ensayismo argentino ocupe dentro de ella, con la ayuda de los estudios culturales, el lugar más conveniente para la Gran Filosofía europea” (p. 84). El género licencioso no incomoda al *establishment*: deja cada cosa en su lugar, en el museo de la barbarie donde lo insólito, lo siniestro o demoníaco, calma la sed de novedad y genera una connotación entre compasiva e hilarante.

Schwarzböck detecta algo muy sugestivo en el ensayismo: la curiosidad antropológica cede el lugar del ver; se descentra, no para enriquecerse en tensión, sino para perderse en la posición extrínseca. Este proceso tan denunciado por nuestras filosofías de la emancipación se corresponde con el movimiento natural que Sarmiento adjudica a la literatura: “se pondera como original –como originario de América– lo que se ve como original desde el espíritu europeo. El ensayismo ocuparía el lugar de nuestra épica: otra sublime barbarie sublimada” (*Ibid.*). Al canalizar un objeto sustituto (lo exótico para ojos foráneos) de una presunta originalidad, la épica a la vez falsea y realiza, porque pretende llenar el “no hay” con una transposición forzada, que no responde a sus raíces. Esta simulación contiene el poner como algo enajenado: pone, y no ve que pone, y lo que pone ya no aparece como puesto, sino como dado. Es una suerte de conciencia sin *autós*, donde lo puesto reemplaza el poner con “lo natural”. Pero si detrás de lo puesto hay una actividad

ponente, lo encubierto agita la tensión. La referencialidad se torsiona y lo sustituido recobra, por la represión misma, su fuerza y motivo de ser. Las filosofías de la emancipación han emergido desde el desborde de lo originario y contra la decantación omnímoda que buscaba detenerlo y ocultarlo.

No obstante, el ensayismo refleja incluso algo que quizás escape al esquema filosófico de la emancipación: el tema recurrente del ensayismo, la Argentina (o la cuestión nacional, y no lamentablemente lo americano), aparece como un intento de enraizar el discurso y darle un barniz de originalidad. Al modo de un enigma que sublima el regurgito de lo bárbaro en la ciudad ordenada, historiadores de las ideas y sociólogos se apresuran a encontrar una explicación para lo nacional. Bien señala Schwarzböck con una analogía contrastante: “Ningún filósofo lee filosofía alemana –ni siquiera los alemanes– sólo para entender a Alemania” (pp. 84-85). En nuestro pago, en cambio, los pensadores sólo valen la pena si dilucidan el ser nacional bajo cuestiones históricas o sociales. La autora (es decir, la filósofa) caracteriza esta singularidad como concesión sin forcejeo, en cuanto la filosofía se deja sustraer por aquellas disciplinas. Esto, por sí mismo, no es malo, porque la contaminación conceptual entre campos del saber significa enriquecimiento y complejización. Se vuelve un trastorno cuando en la cooptación no queda nada para la filosofía, o cuando el profesional renuncia a pensar la cuestión nacional-latinoamericana o el objeto que sea desde una perspectiva filosófica. La academia lo disciplina desde “la única materia” y con el tabú del análisis ético-político (para no hablar del metafísico) de los pensadores precedentes. Todo eso está prohibido. Así, el estudiante abarrotado de biografías y acontecimientos, de estadísticas y rigores metódicos, de reducir los términos a referentes empíricos precisos, etc., se abisma y sucumbe, si no lo ha hecho ya desde el prejuicio de la subvaloración hacia la cultura nacional y latinoamericana. La imaginación productiva se acostumbra a reproducir *papers* sobre temas y filósofos ignotos de los cuales no brota a primera vista ninguna conflictividad. Lo original, que en el ensayista se reduce al propio ingenio para combinar, sorprender y agotarse dentro del personaje o de la coyuntura, en el profesional se diluyó por completo, y a lo sumo su épica burocrática se compensa con el título de una ponencia o de una investigación.

A nuestro entender el problema reside no sólo en que adoptamos la visión foránea-arqueológica, sino también en que la disociamos del acto de ver y de sus implicancias creativas, colaborando así con la mirada central y con la fuga de una originalidad que ya ni siquiera se imagina. En giro kuscheano podríamos agregar: *pero nos fascina*; esa disociación, como ocultamiento, operar inconsciente, autoflagelación, o conspirativismo, *nos cautiva*. Tal hipótesis, aunque constituye una decantación que se cierra sobre sí, nos llevaría un poco lejos. Basta decir que se trata precisamente de aquella referencialidad incompleta, que no capta lo originario como producido, sino como dado y trascendente, para atormentarse y sugerir sin afirmar. El recurso, más literario que filosófico, encaja perfectamente con el enigma del ensayismo, y cuando debiera perder el encanto con la discusión fue sustraído por las otras disciplinas.

La contracara necesaria de la falta de tradición es el –igualmente nocivo– caso excepcional recuperado, que según Schwarzböck desemboca en la reverencia acrítica. Este giro, que se da en las disciplinas duras de la carrera de filosofía, confiesa más de lo que aparenta. La filósofa lo concatena con la descarga de la beligerancia en autores no argentinos. Curiosamente la discordia vendría de afuera y se iría hacia afuera. El quehacer filosófico se empodera seleccionando y armando un rompecabezas (el programa de la materia) cuya fundamentación a veces se atiene simplemente a la costumbre de la cátedra. Dice Schwarzböck: “Cada cual se arma el propio canon, hundiendo y rescatando filósofos extranjeros con absoluta libertad. El canon de hundidos y salvados se transfiere a la enseñanza de la filosofía antes que a la escritura filosófica” (p. 85). Con esto desnuda el decisionismo fundacional, que se positiviza con la jurisprudencia de programas que antaño habrían discutido y definido los clásicos que debe conocer todo iniciado. Luego, el estudiante, el ayudante de cátedra o el egresado, podrían seleccionar y jerarquizar sus preferencias, probablemente desconociendo el poder del currículum oculto. Así, la síntesis prefabricada hunde las huellas del momento originario de composición y creatividad, y se anima a la beligerancia –o a las interpretaciones audaces– en los salones y no en los textos. La gran pregunta es por qué este movimiento, sea fundante o reproductivo, no puede ocurrir en “la única materia”. Al respecto, ni la ausencia de tradición ni la discutibilidad de la selección son

motivos aceptables, porque ambos relucen en cualquier otra área filosófica. Tampoco la inespecificidad del pensamiento argentino y latinoamericano sería un obstáculo para una temática tan afecta a la interacción con la historia o con la sociología. ¿Por qué entonces no se puede formar un canon?

En pocos años más se cumplirá un siglo de la pregunta de Mariátegui sobre la existencia de un pensamiento latinoamericano. En la época de Mariátegui el “no hay”, además de denunciar nuevamente el reproductivismo acrítico, abre y legitima el proyecto de plenificación futura con raíces propias –con alma indígena y mestizaje–, aunque no sin desconfiar del optimismo desatado con la decadencia de Occidente, e incluso sobre esta misma decadencia. De ella no se sigue el esplendor de América, y el supuesto futuro promisorio constituye el reverso esterilizante del ideal: la simple espera y ensalce de la meta soslayan el proceso de gestación. Si el ideal no potencia efectivamente la actividad actual, oficia de condena y ancla de hundimiento, eternizando el instante pre-filosófico. Así procede la decantación omnímoda en las múltiples vertientes analizadas: la degradación de filósofos en intelectuales o pensadores, la historización que impide la filosofía y desactiva las ideas para hacerlas coleccionables, la fuga de la tradición, la referencialidad incompleta, el ensayismo diletante y opinológico, la barbarie envasada en museo, el burocratismo de la profesionalización, la compasión y la descarga beligerante que denota un trabajo de aula no exteriorizable. En todos estos cauces el proceso, que es por sí filosófico si de este modo lo vemos, se autoabsorbe, congela lo dinámico y convierte la inmensa tierra fértil y fecunda, exuberante como América entera, en desierto. En esta decantación que no se reconoce como tal se deshace la filosofía, se subsume en el “no hay”, otro de los espantos y derrotas que desata el libro de Schwarzböck. Claro que estas decantaciones no las habríamos podido detectar sin la ayuda de muchos filósofos latinoamericanos que ni siquiera mencionamos.

## Sobre *Los espantos* de Silvia Schwarzböck

RODRIGO PÁEZ CANOSA (UBA)

**D**e las múltiples cuestiones que plantea *Los espantos* se desarrollarán aquí cuatro que permiten en su discusión pensar aspectos de nuestro presente político desde una perspectiva no ligada inmediatamente a la coyuntura. La primera es la cuestión de la explicitud y sus efectos en nuestra historia reciente. Schwarzböck sitúa el pasaje al régimen pornográfico de lo explícito en la década del '90. Es entonces y más precisamente en la reelección de Menem en 1995 que se consuma una lumpenización<sup>1</sup> total de la sociedad en la que la creencia en la falta de alternativas políticas se traduce en una cómoda resignación a vivir bajo la dinámica del consumo y la “vida de derecha”.

El régimen obscuro y su envés moralizante, la ideología de la transparencia, son dispositivos efectivos para la consolidación del neoliberalismo. En la posdictadura no sólo permitieron consolidar la victoria de los sectores económicos que promovieron el golpe del '76, sino también mostrarse sin tapujos como los auténticos decisores de los asuntos públicos. Mientras que la izquierda, el progresismo y el peronismo tuvieron que reeditarse para encajar en la nueva situación posdictatorial, los grupos económicos se mantuvieron idénticos a sí mismos, como es propio de los vencedores. Así, mientras que la pasión por desocultar era propia de la izquierda, la visibilidad total que la consumó no trajo emancipación, sino una dominación transparente.

Ya en mayo de 2001 Schwarzböck se ocupaba de la cuestión de la explicitud en el prólogo colectivo al dossier “Obscuidad y pensamiento crítico” de la *Revista Adef*.<sup>2</sup> Allí la obscuidad aparece como un régimen que liquida la crítica en todas sus formas y que mantiene un lazo íntimo con la delación. Con la explicitud la pulsión deve-

<sup>1</sup> Cf. Schwarzböck, Silvia, “Volvieron las clases” en *El río sin orillas*, N° 3, pp. 52-69.

<sup>2</sup> Cf. *Adef. Revista de filosofía*, Buenos Aires, Altamira, vol. XVI, n° 2, 2001, pp. 87-92.



ladora de la crítica ya no encuentra qué desocultar porque todo está a la vista. Parece entonces revertir su accionar que busca ahora producir aquellas oscuridades que luego querrá despejar. Cuando ya no hay secretos y no se vislumbran alternativas políticas, la búsqueda de sustraerse a la complicidad con los poderosos parece reducirse a señalar al otro y denunciar. Pero ya no estamos en el siglo XIX y quien delata, sólo logra, mediante el deseo vanidoso de embellecer su alma, exponer su rostro más bajo, desagradable y “lumpen”. La denuncia y la exhibición de los aspectos oscuros de enemigos y/o adversarios políticos no colaboran *per se* con un proceso de transformación política. Por el contrario, en su íntima relación con el régimen obscuro, parece cumplir mansamente con el lugar que el régimen de lo explícito le asigna a la manifestación del descontento.

Desde esta perspectiva, la figura de los espantos, con todo lo que tienen de pesimista (puesto que nos vuelve protagonistas de una película de terror), revela cierto optimismo. Por un lado, son la presencia permanente, la visibilidad difusa pero constante de los privilegios y de la impunidad de las clases dominantes como herencia de la dictadura, condensada en la secuencia de un chico pobre que está en la calle en vez de la escuela, y es atropellado y matado por una mujer de clase alta que queda impune (p. 140 *in fine*). Por otro, su espectralidad, su carácter fuera de foco parece cortar en un punto con la explicitud y dejar así un resquicio para la crítica.

La segunda cuestión, que se liga a la de la denuncia, es el modo en que la estrategia progresista de identificar a la derecha con el mal absoluto deja intocado su principal efecto, la consolidación del neoliberalismo. En un contexto de explicitud, la exhibición de fotos de Guantánamo y Abu Ghraib son más efectivas que su ocultamiento para consolidar el vínculo democracia-neoliberalismo y su compatibilidad con el ejercicio de prácticas como la llamada “lucha contra el terrorismo” y la larga lista de negocios legales e ilegales vinculados a ella, amén de otra gran cantidad de desfalcos económicos y políticos. Del mismo modo, la sobreabundancia de denuncias moralizantes acerca del carácter nazifascista o de maldad intrínseca (en cualquiera de sus formas) de la derecha vernácula está en línea con la consolidación y aumento de su poder: “Reputación de poder es poder” decía Hobbes en sus habituales incursiones lúcidas en la *Realpolitik*. “Quien se encuentra frente a una persona de derecha



no logra temerle lo suficiente hasta que no la asocia, de un modo directo o indirecto, con la dictadura” (p. 102). Mientras perdure este modo de pensarla, la derecha conservará un lugar privilegiado, como “sublime maldito”, que la sitúa como una fuente inalcanzable del mal que, por inalcanzable, es apuntalada en su poder e incuestionada políticamente.

La fuente de este modo de pensar a la derecha se encuentra en la incongruencia del interpretacionismo alfonsinista que relativiza todo discurso pero mantiene como una verdad firme la identificación del terrorismo de Estado con el mal absoluto. Junto a la demonización de la derecha, esta incongruencia también se liga a dos cuestiones: por un lado, a una auto-exculpación de la sociedad civil que, sin embargo, se vuelve hipócrita con el exhibicionismo menemista de la operatoria ilegal de las fuerzas de seguridad. Por otro, a la creación de un antagonismo entre sociedad civil y Estado que dificulta su ocupación específicamente política, ya que, asociado al mal absoluto, se lo percibe como una institución reparadora y receptora de demandas, y no como un espacio de construcción de lo común. Perspectiva que perdura incluso en los gobiernos de Kirchner y Fernández en los que se afirmaba “la recuperación del Estado”. Parece producirse así una demarcación del campo democrático-político de la no verdad en el que todo es moldeable y modificable, pero que se constituye a partir de la exclusión del Estado y la derecha que son comprendidos como actores anti-democráticos en su esencia. De allí que queden fuera del campo plástico de la no-verdad y sea tan difícil pensar en ellos la posibilidad de alguna forma de articulación política.

El tercer punto refiere a las continuidades posdemocráticas. Por obvio que sea, es preciso señalar que el hecho de hablar de continuidades no implica que todo sea lo mismo. En efecto, la detección de continuidades se vincula con la perspectiva que se asume para afirmarlas. Una continuidad en el plano económico, por ejemplo, puede darse de la mano de una ruptura en el plano jurídico, etc. Así cuando Schwarzböck señala que la llamada democracia es algo así como la continuación del neoliberalismo por otros medios, no implica que sea lo mismo que la dictadura (introdutora del neoliberalismo), tal como lo indica el concepto mismo de posdictadura. Incluso cuando la explicitud haga que la desaparición forzada de personas, rasgo saliente de la dictadura, se haya vuelto, por su visibilidad, compatible con la democracia.

Es esta explicitud la que se establece como una lógica que consolida el resultado de la dictadura y define la continuidad de los gobiernos desde 1983 hasta el presente.

La larga década menemista [...] pone en evidencia, con su estética explícita, no sólo hasta qué punto los poderes que habían vencido en la dictadura se vuelven, en poco tiempo, compatibles con la democracia, sino con qué grado de eficacia la democracia misma, al autoconcebirse como no verdad, permite que, cuando un ismo se agota, otro lo reemplace sin fisuras, es decir, sin que se altere la estructura económica (p. 129).

Se encuentra implícito que este reemplazo “sin fisuras” de un ismo por otro no se agota en el que va del alfonsinismo al menemismo y, si se quiere, de éste al duhaldismo, sino que se extiende al kirchnerismo. Así, desde la perspectiva estético-política que propone la autora y a la que pertenece la comprensión de los gobiernos bajo la forma de “ismos”, se plantea una mirada de la posdictadura opuesta a la comprensión dominante tanto en el progresismo como en la derecha, según la cual los gobiernos de Kirchner y Fernández introdujeron una importante ruptura con los anteriores. Con matices, esta continuidad es afirmada por Schwarzböck en todos sus artículos publicados en *El río sin orillas*, que constituyen en muchos casos versiones previas de lo desarrollado en *Los espantos*. En “La fiesta y el gasto”,<sup>3</sup> donde se aborda específicamente el tema, alfonsinismo, menemismo y kirchnerismo son pensados a partir de la novedad que introdujeron (lo que los constituye como ismos). La cultura, la convertibilidad y la heterodoxia keynesiana respectivamente, constituyeron lo nuevo que activó “la fiesta” de cada gobierno.

El balance de las tres fiestas es diverso. Por un lado, el modelo alfonsinista de la cultura permanece intocado en lo que tiene de libertad y de encubridor de los vencedores de la dictadura (independientemente de las vicisitudes en la financiación estatal de la cultura). En efecto, la cultura aparece como un espacio de catarsis en el que se puede condenar abiertamente tanto la dictadura como todo el proceso posdictatorial. Pero corre el riesgo cierto del cinismo en su imposibilidad, incapacidad o desinterés en la

<sup>3</sup> Cf. Schwarzböck, Silvia, “La fiesta y el gasto” en *El río sin orillas*, N° 5, pp. 38-58.

articulación política de dicha condena. La convertibilidad por su parte es percibida como una estrategia siniestra que fracasó (¿es siniestra porque fracasó?) y a la que no hay que volver. De la heterodoxia keynesiana, con lo que tiene de alfonsinista y de no menemista, falta aún el balance, que en nuestro presente tiene como dato central su derrota electoral de 2015.

Desde esta perspectiva estético-política es posible entrever asimismo otro aspecto de la continuidad 1983-2016 que nos conduce al cuarto punto que tiene que ver con la *forma* (y no con el contenido) de la ocupación del Estado por estos gobiernos. Si bien cada uno lo hizo con diversos estilos (cultural-profesional de la ciencias sociales, gerencial, militante), siempre eludieron hacerlo de un modo específicamente estatal.

En un contrapunto con el texto de Abad-Cantarelli, *Habitar el Estado* (como lo explicita en su texto “Un Kostecki y Santillan”),<sup>4</sup> la autora comparte el diagnóstico acerca de la ausencia de pensamiento *estatal* (que en ningún caso es ausencia de pensamiento, porque en el Estado no hay vacío) y señala leyendo a Walsh el '55 como momento inaugural de dicha ausencia (que también el sociólogo Ricardo Sidicaro en *La crisis del Estado* señala como inicio de la crisis).<sup>5</sup> La ausencia de un pensamiento sobre sí mismo tiene su contracara siniestra en la preeminencia de las fuerzas de seguridad en el Estado con su accionar no estatal. Ésta es para Schwarzböck la principal omisión de Abad y Cantarelli que, atentos a lo que pasa de día en el Estado, no atendieron o no se ocuparon de lo que pasa allí de noche.

Sin embargo, la racionalidad nocturna del Estado, la de sus fuerzas represivas, abandonó la oscuridad de la noche con el menemismo. Pero no porque haya modificado su accionar ilegal, no estatal, sino porque este accionar es ahora conocido por todos. Con la consolidación del régimen obsceno ha dejado de ser un accionar clandestino. La visibilidad transparente de estos okupas permanentes del Estado

<sup>4</sup> Cf. Abad, Sebastián y Cantarelli, Mariana, *Habitar el Estado. Pensamiento estatal en tiempos a-estatales*, Buenos Aires, Hydra, 2010; Schwarzböck, Silvia, “Un Kostecki y Santillan” en *El río sin orillas*, N° 7, pp. 56-67.

<sup>5</sup> Cf. Sidicaro, Ricardo, *La crisis del Estado y los actores políticos y socioeconómicos en la Argentina (1989-2001)*, Buenos Aires, Eudeba, 2010.

produce un desfasaje que deja al Estado en un lugar complejo: mientras que la sociedad identifica gobierno y Estado, imputando a este último las acciones específicamente gubernamentales, la posición de las fuerzas represivas determina una clara distinción entre gobierno y Estado, pero bien distinta de la distinción clásica. En efecto, para el pensamiento estatal clásico el Estado excede al gobierno. Pero se trata de un exceso político, la disolución de un gobierno no destruye al Estado que retiene la capacidad de decidir, incluso por encima de las leyes, los medios para mantener la unidad política en su ser. En nuestra posdictadura el exceso del Estado reside en que está ocupado permanentemente por una fuerza a la vez paraestatal e intraestatal capaz de determinar la continuidad o no de los gobiernos. En ese sentido, la incidencia y autonomía de las fuerzas represivas en el Estado que plantea Schwarzböck hace que las valiosas herramientas conceptuales que plantea el texto de Abad y Cantarelli para desarrollar una práctica responsable de ocupación estatal parezcan juegos de niños que deben ser reemplazados por artillería pesada, napalms y misiles aire-aire.

Pero aun cuando contásemos con munición gruesa, todavía habría que producir el pensamiento que pudiera empuñarla y, tras el desalojo o, como dice la autora, en la lucha permanente que tiene lugar en el interior del Estado, construir algo allí. En ese punto coinciden *Habitar el Estado* y *Los espantos*. Aunque uno piense desde la práctica del funcionario y el otro desde la estética. Ambos coinciden también en cierta incertidumbre acerca del sujeto capaz de producir dicho pensamiento. ¿Quiénes son? ¿Políticos profesionales? ¿Partidos políticos? ¿Movimientos (sociales u otros)? ¿Militantes? ¿CEOs? ¿Intelectuales? ¿Funcionarios? ¿Una vanguardia? ¿Una aristocracia ascética? Esta incertidumbre respecto del sujeto es un rasgo de nuestra época y la herencia más pesada de la dictadura.

El régimen obsceno y su envés moralizante, la ideología de la transparencia, son dispositivos efectivos para la consolidación del neoliberalismo. En la posdictadura no sólo permitieron consolidar la victoria de los sectores económicos que promovieron el golpe del '76, sino también mostrarse sin tapujos como los auténticos decisores de los asuntos públicos.

# El kirchnerismo como *impasse* posdictatorial

Una hipótesis de lectura a partir de *Los espantos*

**GUSTAVO IGNACIO MÍGUEZ**

(UBA - BIBLIOTECA NACIONAL MARIANO MORENO)

**E**l libro *Los espantos* de Silvia Schwarzböck produce incomodidades. Por eso, entre otras cosas, es un gran libro de filosofía (que, según nos dicen Caramés y D'Iorio en el prólogo, “desde la estética quiere orientar las energías filosóficas hacia un nuevo régimen de aproximación de ciertos temas de la cultura argentina”).

La posdictadura “es *lo que queda* de la dictadura, de 1984 hasta hoy, después de su victoria disfrazada de derrota. Este pasado-presente, que no puede concebirse, sí puede representarse” (p. 23). Ese *resto* atraviesa los años kirchneristas, y a ellos queremos remitirnos con estas reflexiones fragmentadas, provisionarias. Nuestro punto de partida serán las tesis de Schwarzböck que habilitan un dictamen sobre lo que a efectos esquemáticos llamaremos la izquierda progresista argentina, devenida luego en kirchnerista y aglutinada en el colectivo Carta Abierta.

La ruptura institucional del 2001 dio inicio a lo que llamaremos aquí un *largo impasse dentro de una (más) larga posdictadura*. La potencialidad del uso que el Colectivo Situaciones le ha dado a esta noción ha quedado plasmada en otro gran libro: *Conversaciones en el impasse. Dilemas políticos del presente*, editado por Tinta Limón en el año 2009.<sup>1</sup> Allí, *impasse* revela un “tiempo en suspenso: entre la ironía del eterno retorno de lo mismo y la preparación infinitesimal de una variación histórica”.<sup>2</sup> Forma de la temporalidad, entonces, donde “coexisten elementos de contrapoder y de hegemonía

<sup>1</sup> Cf. Colectivo Situaciones (coord.), *Conversaciones en el impasse: dilemas políticos del presente*, Buenos Aires, Tinta Limón, 2009.

<sup>2</sup> *Ibid.*, p. 9.



capitalista, según formas promiscuas difíciles de desentrañar”.<sup>3</sup> O también, “tiempo de crisis” donde “se superponen lógicas sociales heterogéneas”.<sup>4</sup> De esta forma, podemos definir al *impasse* como el espacio abierto a partir de la “vocación destituyente” respecto de las políticas neoliberales y que durante la crisis del 2001 devolvió “a la esfera pública la densidad política que el tratamiento puramente mercantil le amputaba”.<sup>5</sup>

Tomaremos prestada la noción de *impasse*, mas no para cuestionar la institucionalidad política desde conceptos tales como autonomía, horizontalidad, lucha callejera o insurrección,<sup>6</sup> deudores de la inmanencia (des)articulante y disruptiva propia de la crisis social, económica y política del año 2001. *Los espantos* nos lleva para otro lado y propone, en cambio, una lectura que la distancia de aquella propuesta por el Colectivo Situaciones, en tanto que para Schwarzböck los movimientos sociales y piqueteros que confluyen en el 2001 se definen como novedad política, pero una que si bien construye “un contrapoder antes que una alternativa de gobierno” (p. 131), no por ello puede simplemente afirmarse como un autonomismo a(nti) estatal, a secas. “La sabiduría del movimientismo [social y piquetero del 2001], en este contexto, es su inorganicidad: mantenerse a distancia del Estado (menemista y duhaldista), sin que esa distancia material (física y tangible) implique de suyo un discurso antiestatalista (libertario y/o anarcoesteticista). Esa distancia real (no sólo simbólica) es lo que lo preserva como militancia nueva, como militancia no partidaria, para poder establecer con el Estado, a partir de 2003, vínculos de afinidad en términos de comienzo, no de retorno” (*Ibidem*). Desde esta lectura, no se habría producido simplemente, como los referentes de cierto autonomismo intelectual nostálgico gustaron de pensar, una fagocitación de la militancia insubordinada por parte de la política tradicional y partidaria, sino una articulación, a partir del año 2003 y, si se quiere, desde otro canal, para fundar algo nuevo. ¿Qué se intentó fundar? ¿Cómo?

<sup>3</sup> *Ibidem*.

<sup>4</sup> *Ibidem*.

<sup>5</sup> *Ibid.*, p. 19.

<sup>6</sup> *Ibid.*, p. 45.

Si asumimos que la vida de derecha es la única vida posible después de 1983, “la vida de izquierda pasa a ser, en el nuevo contexto, la *vida cultural dentro de esa vida* (no la vida que aspira a reemplazarla)” (p. 59). Schwarzböck retoma a Fogwill para decir que los victoriosos se disfrazan de derrotados en la posdictadura, y los derrotados sólo pueden atinar a una dimensión cultural que narre lo que los victoriosos callan a propósito (el crimen económico, que continúa hasta el presente) (p. 63).

Por ello, nuestro segmento de análisis será la denominada batalla cultural desplegada durante el kirchnerismo. Esta tuvo, en palabras de sus protagonistas, varios enclaves, siendo los más altos las políticas educativas y culturales en torno a la Memoria, Verdad y Justicia. Concedido ello, sostendremos sin embargo que los obstáculos podrán haber sido múltiples, pero que el límite infranqueable sólo podía ser uno: no abjurar de la vida verdadera, no dejar de luchar, no claudicar, al menos en el ámbito de la cultura, ante aquello que confirmó la victoria de la dictadura: la instalación de la vida de derecha y la santificación del consumismo como modo de ser de nuestras existencias.

Entonces: ¿cómo resignifica *Los espantos* al período que se abre a partir de la crisis del 2001? Si el kirchnerismo tuvo pretensión fundante de novedad política e institucional; y si concedemos que el kirchnerismo intensificó la batalla cultural y reivindicó ideales propios de la vida de izquierda en su faceta progresista; y si concedemos que lo hizo con cierto posicionamiento hegemónico (al decir posgramsciano de algunos de sus referentes); *podemos pensar los años kirchneristas como una continuación del *impasse* originado en las fisuras que a partir del año 2001 se visibilizaron en el proyecto neoliberal*.

Ahora bien, dado que esta lectura retrospectiva que proponemos se encuentra con que el *impasse* ha finalizado, la pregunta que acecha es: ¿en qué momento comienza a clausurarse este largo *impasse* cultural kirchnerista, forma de la temporalidad que dio respiro crítico y habilitó el enarbolamiento de los ideales de izquierda? O de otra forma: ¿cuándo fue culturalmente derrotado el progresismo intelectual kirchnerista?

Para ensayar una respuesta creemos que es necesario reflexionar y (re)pensar las condiciones culturales en las cuales volvió a primar el *mandato del consumo responsable* como única vida posible en nuestro país. Sostenemos que es vital detenerse en la vinculación entre el programa económico desarrollado y la batalla cultural

Arrojamos una hipótesis provisoria: ¿la etapa que siguió a la defensa de la necesidad de un “capitalismo serio” y las concesiones culturales que se realizaron en los años siguientes no nos condujeron, de igual modo, a un nuevo proceso desertificante? ¿El proyecto inicialmente enunciado en la victoria electoral de 2011 bajo la consigna “profundización del modelo” (o la más efervescente, “vamos por todo”) no quedó trunco o castrado de antemano cuando tan sólo unos meses más tarde se materializó, en ese famoso discurso citado por la Carta Abierta 11, que la iniciativa presidencial tenía expectativas más... conservadoras?

porque el *impasse*, como lo hemos establecido, no puede sino estar caracterizado por la instanciación continua e intensa de prácticas de resistencia y contrapoder respecto de una vida de derecha que se pretende absoluta e indeclinable.

En el año 2008 nació Carta Abierta. El espacio no se quiso meramente orgánico al kirchnerismo pero tuvo que lidiar con encabezar un entramado intelectual ciertamente central en la defensa de las políticas desplegadas durante el kirchnerismo. Y en su Carta número 11, afirmó: “El discurso presidencial en el G20

[de Cristina Fernández de Kirchner en Cannes, noviembre de 2011] impugnó el capitalismo financiero, la desregulación y la política de precarización del trabajo. Una impugnación a la esencia del capitalismo realmente existente. Implacable crítica hecha desde la jefatura de un gobierno empeñado en construir una sociedad de derechos mientras ese capitalismo actual los destruye en el centro del sistema global que construyó. ¿Habrá futuro para el capitalismo? ¿Habrá futuro para la humanidad? ¿El anarcocapitalismo conducirá a la barbarie?”

Arrojamos una hipótesis provisoria: ¿la etapa que siguió a la defensa de la necesidad de un “capitalismo serio” y las concesiones culturales que se realizaron en los años siguientes no nos condujeron,

de igual modo, a un nuevo proceso desertificante? ¿El proyecto inicialmente enunciado en la victoria electoral de 2011 bajo la consigna “profundización del modelo” (o la más efervescente, “vamos por todo”) no quedó trunco o castrado de antemano cuando tan sólo unos meses más tarde se materializó, en ese famoso discurso citado por la Carta Abierta 11, que la iniciativa presidencial tenía expectativas más... conservadoras?<sup>7</sup> Es verdad que existe un apresuramiento de nuestra parte al hipostasiar un momento entre otros, al señalar una suerte de “comienzo del fin”. Pero lo que buscamos, tentativamente, es ubicar –si lo hay– un momento de clausura que debiera haber sido reconocible desde la perspectiva de un sujeto consecuente de izquierda que libra una batalla cultural contra la vida de derecha.

¿Qué queda luego del *impasse*? ¿Qué preguntas se abren a partir de este reacomodamiento de la vida de derecha y cuánto restará hasta que los espantos vuelvan a acecharnos en tiempo presente y proyección futura? Esta pregunta incómoda y, por ello, tan fiel al espíritu del libro de Schwarzböck, probablemente nos obsesione a todxs lxs que atravesemos su lectura.

<sup>7</sup> Se lee en el discurso: “El capitalismo es eso, que la gente consume y que ustedes los empresarios vendan cada vez más. Este es el tema. Esto es lo que está fallando” (en <https://www.pagina12.com.ar/diario/economia/2-180509-2011-11-04.html>).